

# CONFERENCIA

LEIDA POR EL

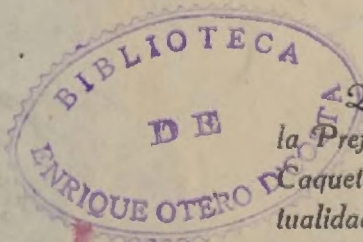
Rvmo. P. Fr. Fidel de Montclar

Prefecto Apostólico del Caquetá y Putumayo,

en el Teatro Faenza,

el día 20 de agosto de 1924, con motivo del

Congreso Nacional de Misiones.



Que fueron antes de la creación de la Prefectura Apostólica los territorios del Caquetá y Putumayo; que son en la actualidad; que pueden llegar a ser (1).

(1) Sobre el primero y segundo punto está para publicarse un importante trabajo, obra de los PP. Misioneros Benigno de Canel de Mar y Gaspar de Pinell, que con carácter de informe se presenta este año a las altas Autoridades eclesiástica y civil de la República.

---

MCMXXIV

CASA EDITORIAL MARCONI - BOGOTA

# CONFERENCIA

LEIDA POR EL

Rvmo. P. Fr. Fidel de Montclar

Prefecto Apostólico del Caquetá y Putumayo,

en el Teatro Faenza,

el día 20 de agosto de 1924, con motivo del

Congreso Nacional de Misiones.



*Que fueron antes de la creación de la Prefectura Apostólica los territorios del Caquetá y Putumayo; que son en la actualidad; que pueden llegar a ser (1).*

*(1) Sobre el primero y segundo punto está para publicarse un importante trabajo, obra de los PP. Misioneros Benigno de Canal de Mar y Gaspar de Pinell, que con carácter de informe se presenta este año a las altas Autoridades eclesiástica y civil de la República.*

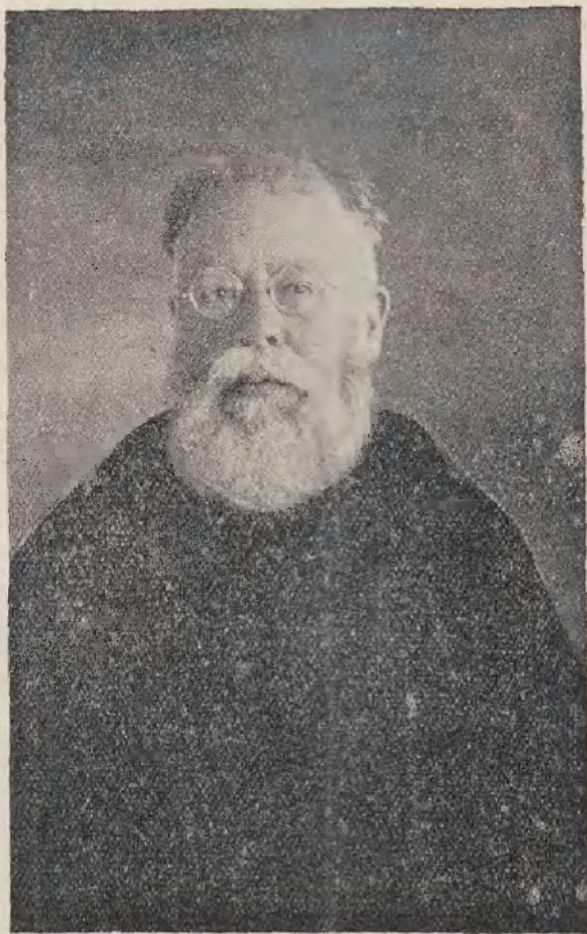
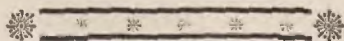
M 283 Pza 17

Ej 2

---

MCMXXIV

CASA EDITORIAL MARCONI - BOGOTA



Rvmo. P. Fidel de Montclar

Misionero Capuchino y Prefecto Apostólico del  
Caquetá y Putumayo.

---

---

Excmos. e Ilmos. Señores:  
Señoras, señores.

Subían penosamente dos franciscanos capuchinos, montados en humildes cabalgaduras, por el fragoso camino que conduce a la ciudad de los Pastos. La Santa Sede acababa de crear la Prefectura Apostólica del Caquetá, y los Superiores los destinaban a la nueva Misión. En su viaje ascensional por los Andes más de una vez han dirigido la mirada hacia la cadena de montañas envueltas perennemente en densas nieblas, tras las cuales se dice está el territorio que deben misionar. En el archivo del antiguo convento de franciscanos de Popayán han hallado documentos raros y en los pueblos de tránsito recogido extrañas noticias: algunas personas les han referido sucesos funestos, cosas espeluznantes de aquel país....

Han dejado las cabalgaduras; tienen ante sí una imponente cordillera que deben atravesar para llegar a la Misión. Preguntan ¿por dónde es la entrada, cuál es el camino? Se les contesta que ellos deben abrir el camino y forzar la entrada. Del otro lado de esas elevadas cumbres se adivina una región misteriosa de donde debe estar alejado todo humano consuelo, allí deben



*Vista parcial de la laguna «La Cocha» origen del río Gamués, afluente del río Putumayo, a 2900 mts. sobre el nivel del mar.*

de tener su asiento la tristeza y la melancolía; hasta en esos tétricos peñascos les parece ver escritas las siniestras palabras que Dante leyera en la entrada de otro fatídico lugar. Dura es la prueba a que se pone su vocación de misioneros.

Lo sublime del sacrificio, la belleza y poesía de lo heroico, que tanto les había seducido, parece que han perdido sus encantos. Es necesario apelar a los más elevados y poderosos motivos para no desfallecer.

En Dios puesta su confianza se deciden, y apoyados en un largo bordón y con la menos ropa posible para aligerar el peso, emprenden la subida, y después de grandes esfuerzos logran salvar la cordillera y coronar la altura: están a más de 4.000 metros sobre el nivel del mar. Sienten mucha fatiga y



*Peñascos de la cordillera que hubo de atravesar para llegar al Putumayo. Era preciso agarrarse de las partes salientes de las rocas y poner las puntas de los pies en las hendiduras de las peñas para trepar por los escarpados montes.*

ganas de descansar; pero es peligroso detenerse. Prosiguen la marcha para no quedar helados en aquellas cimas; orillando las peligrosas ciénagas formadas por las nieblas que coronan eternamente aquellos gigantes americanos, hunden los pies hasta la rodilla en las heladas aguas de aquellos páramos andinos.

Son muchas las horas que llevan de camino, y las fuerzas les van faltando. Tratan con inauditos esfuerzos de salvar la barrera que separa dos mundos: el civilizado y el salvaje. Ateridos de frío, extenuados por la fatiga, sus pies sangrando y aturdidos por la lluvia que un viento frío y huracanado les arroja a la cara, llegan a temer que acabe allí su misión. Hacen un supremo esfuerzo, y sin tiento y casi sin aliento logran iniciar el descenso de la vertiente opuesta. Protegidos por algunos arbustos de una vegetación rudimentaria pasan la noche más penosa y triste que imaginarse pueda. ¡Oh qué penosos son los comienzos de nuestro apostolado! dicen los fatigados